

El Milagro del Convento



BEJÁBAMOS a la "comunidad de Creteil, esa comunidad integrada por "monjes bohemios" dedicados al "empaste de libros", reunida en capitulo. Bueno será que también nosotros acudamos al sonido de la "campanica", que por claustros y corredores va tañendo uno de los "encapillados de Creteil", convocando a todos los hermanos a la "común sala", para ver si conseguimos enterarnos de las deliberaciones de los capitulares. Esas deliberaciones deben ser de mucha importancia a juzgar por la presteza con que todos acuden y los rostros alargados y meditabundos que llevan todos al caminar hacia el capitulo.

Comienza la "función" con un discurso de tonos lúgubres del "hermano dispensero". Al levantarse a hablar, pensamos que algo gordo debe llevar en el "buche" el hermano procurador. Y efectivamente; anuncia que no hay nada en las cocinas, que no tiene en las alacenas ni un cachico de pan, siquier sea de centeno; que las odres estan secas hasta pegarse la pez de sus paredes; que están, en una palabra, abocados a morir de hambre y sed, a menos que quieran mantenerse de... aire y agua, que diz es una dieta excelentísima.

Síguele en el uso de la palabra el "hermano tesorero" quien asegura a la comunidad que en las arcas no queda un solo escudo.

Los pobres "monjes láicos", mustios y cabizbajos, comienzan entre sí diálogos tristísimos; comienzan a fabricar planes y más planes con los que ahuyentar de las puertas del monasterio el espectro aterrador del hambre.

—¿Pediremos limosna como los franciscanos?—pregunta y propone uno.

...Jamás, respondieron a coro todos los otros.

—¿Recordarle al conde Montesquieu de Fezenzac su promesa de buscarnos un Mecenas en la aristocracia millonaria?

—Ya ha hecho lo que ha podido.

—¿Contraer deudas, sin intención de pagarlas?

—Nadie nos va a fiar un solo céntimo.

—¿Entonces?

Y ese "entonces" iba preñado de incertidumbres y de dudas. "Por el pan baila el can", dice el aforismo vulgar, y "tripas llevan corazón que no corazón tripas".

¿Qué harán aquellos "sacerdotes de las musas", sin un mal medicamento con que acallar los gritos del hambre, las fieras punzadas del estómago vacío? ¡Oh prosaismos de la vida! No les queda ni siquiera el remedio de esperar pacientes y confiados en la Divina Providencia, como lo hicieran los antiguos y verdaderos anacoretas y monjes. No pueden esperar que del cielo bajen los ángeles llevando en sus manos cestas llenas de blanquísimos panes, como sucediera a los frailes Predicadores; no pueden esperar que se multipliquen los alimentos, cual sucediera en algunas comunidades religiosas. Su dios es la "belleza", sus diosas las "musas", y ni la belleza ni las musas dieron de comer a los holgazanes.

No sabiendo que contestación dar a ese "entonces", Mercereau, que era el más entusiasta de la comunidad, expuso un programa de fiestas literarias y de exposiciones artísticas. Tratábase de buscar en París una galería donde los artistas de la Abadía pudieran exponer a la contemplación de los profanos sus maravillas artísticas en pintura; organizarían "matinéés" poéticas y musicales. ¡Nadie podrá negarme que tal sea un medio apropiadísimo de ganarse la vida unos "monjes"! ¡No faltaba sino que a alguno se le ocurriera presentar en esas exposiciones pictóricas cuadros futuristas, cubistas, dadaístas, y snobistas, e instrospectistas, y en las matinées dar sesiones de "jazz", para acabar de arreglar la función! Mayores cosas se han visto y de locuras más morrocotudas son capaces los "grandes artistas modernos"!

Para las funciones musicales y poéticas, que, según las esperanzas de Mercereau, debían ser las más productivas, contaban con el concurso del organista Doyen y con la voz de Blanche Albane, novia de Duhamel, y que se ofrecía a ser la "estrella" de la "troupe". Otros artistas menos eminentes completarían el elenco.

Los cielos vieron abiertos los "reclusos monjes laicos" de Creteil. Soñaron con llenos completos y con afluencia ingente de desbordante multitud; vieron llover sobre sus exhaustas arcas monedas de diez y quince francos. Pero... "soñaba el ciego que veía" y lo que vió fué un "esquinazo mayúsculo".

—"Con esto, exclamó uno de ellos, Linard, no hay duda de que nos enriqueceremos".

Y lo mismo que sus compañe-

ros comenzó a trabajar con actividad febril en la fabricación de circulares, billetes, carteles, invitaciones... Una sociedad les cedió gratuitamente una de las salas de su edificio social. Yolanda Walter, Jeanne Fereis, Fillacier y Fagazzi ofrecieron su concurso personal, para las representaciones y los conciertos.

La cosa marchaba viento en popa... y, como el pirata, podían los monjes decir del bajel de sus ilusiones que, no solo corría, sino que volaba; y tanto voló que lo perdieron de vista, y, cual la lechera del cuento, se encontraron al fin de cuentas con qué adios lechon, adios ternero, adios todo, pues los cuartos no se posaron, ni cayeron sobre las arcas.

El principio capital y fundamentalísimo de la regia de Creteil les impedía el entenderse con empresario alguno, pues no faltaron descosidos para aquellos rotos; eran "monjes comunistas" y el comunismo no quiere tener nada de común con los métodos burgueses de comercio.

Seguros de sí mismos, debutaron con unas cuántas funciones y tuvieron un gran éxito... artístico, que apenas si rindió nada. Al cabo de dos meses largos de dar funciones, reunidos de nuevo para oír al hermano tesorero, los "buenos bohemios" se encontraron con que, deducidos los gastos, la compañía teatral había dado un beneficio de NUEVE FRANCOS Y SESENTA Y CINCO CENTIMOS...

¡El éxito había sido loco, colossal! Como los de ciertas funciones que se dan en Manila por "clubs" y "sociedades" de aficionados.

Y ya que sale esto de Manila: O es que nadie nos lee, lo cual bien pudiera ser, pues no perderán muchos los ojos las vigiliantas que dediquen a lectura, como no sea de las "verdegueantes páginas de algún pelafustán", o es un verdadero milagro que a ningún presidente de Circulo o Club se le haya ocurrido ya el fundar a orillas de San Lázaro algún asilo de "monjes... laicos". Pero; no desconfiemos, que nunca es tarde para las buenas acciones.

Y con esto llegamos ya a la antepenúltima jornada de nuestro camino. Y esto, señores, se parece muy mucho al cuento de la buena pipa; pero tiene su mija de miga y su por qué de alta filofosía.

JULIAN.